

La luz de Madrid y el panorama fotográfico

**BERNABÉ
SARABIA**

Tras los sucesos de la revolución de 1868 y de la Primera República, Madrid vivió como un hervidero la Restauración borbónica. El General Martínez Campos proclama rey de España a Don Alfonso XII el 27 de diciembre de 1874. La capital del reino, habitada por cerca de 400.000 personas, se prepara para recibir al joven monarca. El luminoso cielo de Madrid se recortaba sobre los edificios, jardines y monumentos construidos sobre todo desde el reinado de Carlos III. A los distintos templos y conventos, los edificios civiles, los palacios de la aristocracia, se añadían los parques de la Casa de Campo, Moncloa, Fuente del Berro y Jardines del Buen Retiro. A todo esto ha de añadirse el Real Palacio, Museo de Pintura, San Antonio de la Florida, Ayuntamiento, Museo del Ejército, Aduana y Casón del Buen Retiro.

Los viajeros que llegaban a la capital de España se sorprendían por la belleza del escenario y la nitidez de una luz que fascinaba a los pintores y, sobre todo, a los fotógrafos. El 19 de Agosto de 1839 François Arago, diputado por

FOTOGRAFÍA

los Pirineos Orientales, brindaba en París, en sesión de la Academia de Ciencias, el descubrimiento al mundo del daguerrotipo. La fotografía, invención perseguida desde el Renacimiento por Leonardo, Miguel Ángel y Giordano Bruno iniciaba su prodigioso camino. Daguerre, inventor genial y comerciante sin demasiados escrúpulos, emprendió la fabricación en grandes cantidades de máquinas fotográficas y material de

revelado. El nuevo artefacto comenzó a interesar. A partir de entonces, las cámaras fotográficas han atravesado distintas fases para finalmente convertirse en instrumento querido y utilizado tanto por las élites artísticas y culturales como por el gran público. Desde este último punto de vista —el de la persona ordinaria sin mayores conocimientos técnicos o artísticos— el desarrollo por parte de Kodak de cámaras ligeras, fáciles de usar y baratas fue decisivo. Según el Wolfman Report, en 1993 se tomaron 17.200 millones de fotografías en Estados Unidos. En su famoso trabajo de 1965 sobre la fotografía, el sociólogo e intelectual francés Pierre Bourdieu señalaba con datos tomados de la industria fotográfica francesa que en ese año existían 8.135.000 cámaras listas para fotografiar.

Pero no adelantemos acontecimientos y volvamos al Madrid del XIX. En 1854, como ha escrito Publio López Mondéjar en su *Historia de la fotografía en España*, se publicó la obra de E.K. Tenison *Recuerdos de España*, con distintas fotos de un viaje por España de gran valor histórico. Entre ellas conviene señalar por su importancia las tomadas en Madrid. Cuatro años antes había llegado a Madrid el fotógrafo inglés Charles Clifford que, fascinado por la ciudad, su luz y su corte, se iba a convertir en uno de los favoritos de la reina Isabel II,

quien le contrató como fotógrafo oficial. Del álbum de Clifford conviene destacar, tal como han señalado en *Madrid en blanco y negro* Juan Miguel Sánchez Vigil y Manuel Durán Blázquez, *Vistas de la presa y demás obras del Canal de Isabel II* y *Vistas fotografiadas de la Alameda, del Palacio de Madrid, del de Guadalajara y de la Casa de los Mendoza en Toledo*. De este modo, la construcción del canal que todavía hoy abastece de agua a la capital del reino quedó magníficamente documentada. Por desgracia, Clifford falleció en los años sesenta, no vivió el período alfonsino, aunque nos ha dejado un excelente libro titulado *A Photographic Scramble through Spain*.

Otro fotógrafo importante de la época es el francés Jean Laurent, que a poco de instalarse en Madrid firmaría sus obras como Juan Laurent. De su estudio de la Carrera de San Jerónimo y de las fotos tomadas al natural de paisajes y monumentos ha quedado una de las mejores colecciones de fotografía del pasado siglo, en unos años en los que Madrid contempló, entre otras grandes obras, la construcción del mercado de hierro de la Plaza de la Cebada o del Museo Antropológico, próximo a la Glorieta de Atocha. Juan Laurent fue el fotógrafo más señalado del reinado de Alfonso XII. Sus fotografías relatan desde la vida de la aristocracia hasta el día a día de los madrileños: los cafés, las

disputas entre los partidarios de los toreros Lagartijo y Frascuelo, las tertulias de los grandes, medianos y pequeños personajes de la ciudad fueron registrados por el fotógrafo francés de moda.

Ya en el Madrid de fin de siglo, de igual modo que en las grandes capitales europeas y en

otros muchos lugares, el retrato se había convertido en el impulsor de la divulgación

fotográfica y en una saneada fuente de ingresos. Como ha señalado con acierto Marie-Loup Sougez en su texto *Historia de la fotografía*, los retratistas también se dedicaron a otros menesteres tales como fotografiar cuadros,

monume
industria

FOTOGRAFÍA

aconteci
sociales;
material
prácticas
trato, cc
Fontanel
fue impli
toda Esp
se apu
prolifera
de profe
—muchc
extranjer
transeún
para des
que se tr:
ciudad c
para re
actividad
fotografi
destacar
retratista
otros qu
Sánchez,
que fuer
los fotóg
Son mu;
un ejem
fuentes
destinad
de los
tomadas

En el auge del retrato los fotógrafos madrileños tenían la ventaja de tener a mano al amplio conjunto de celebridades que poblaban la corte y villa. Los estudios de

los Albiñana Godínez, Alonso Martínez, Ortiz o Juliá hicieron importantes tiradas de fotos en las que nunca faltaron los retratos de la familia real. El floreciente negocio del retratismo atrajo hacia la fotografía a gentes procedentes de los ámbitos del arte: pintores, grabadores, litógrafos y una larga lista de bohemios que contemplaban sobre todo las posibilidades económicas brindadas por la fotografía. Todo ello significó la expansión de la fotografía pero también su vulgarización. Como señala López Mondéjar, en 1862 existían 17 estudios en Madrid, y treinta y cinco años más tarde la cifra se elevaba a 58. Por desgracia, el aumento en cantidad no se reflejó en la calidad y preparación de unos fotógrafos muy atados a los aspectos más pedestres del oficio. No obstante, conviene señalar que la práctica de la fotografía fue acogida con entusiasmo por aristócratas y alta burguesía, y con la aparición en 1888 de las primeras cámaras Kodak de cajón se extendió la práctica fotográfica hasta límites insospechados. Al hilo del cambio de siglo los fotógrafos aficionados eran en Madrid más de mil, algunos de ellos muy destacados como los hermanos Máximo y Antonio Cánovas del Castillo, el Conde de Polentinos o Manuel Suárez Espada, impulsores todos ellos

de la creación de la Sociedad Fotográfica de Madrid. Farmacéuticos como Juan de Álava, ingenieros como Leopoldo Gil o médicos como Ferrán i Clua y Santiago Ramón y Cajal practicaron con destreza el arte y la ciencia de la fotografía. En 1907 se constituiría la Real Sociedad Fotográfica de Madrid; de sus primeros 140 socios, 20 poseían títulos nobiliarios, y el resto se incluía en las élites políticas, militares, económicas y profesionales de Madrid. Se crearon revistas como *La fotografía*, fundada por “Kaulak” en 1901, la cual en 1904 llegó a alcanzar una tirada de 3.000 ejemplares.

Con el perfeccionamiento de la técnica fotomecánica, al filo del fin de siglo *Blanco y negro*, una de las grandes revistas gráficas de la época, integró la fotografía en la prensa madrileña y española. A partir del 1 de julio de 1905 el diario *ABC* tomó el relevo con sus cuidadas crónicas ilustradas de la vida cotidiana madrileña y española en las que se iniciaron los que más tarde serían los grandes reporteros que, como Merletti, Alfonso o Campúa, habrían de ilustrar los avatares de la guerra de Marruecos entre 1907 y 1914. Con una tirada alrededor de 20.000 ejemplares, *Blanco y negro* creó la Sección “Clichés madrileños”, y el primer

artículo, escrito por José de Roure, se tituló *Instantánea del Retiro*. Al nacimiento de reporterismo gráfico o fotoperiodismo habría de añadirse una nueva faceta de la fotografía llamada pictorialismo, cuya práctica se alargará durante décadas hasta llegar a los magníficos fotógrafos actuales. Como en otros países, el pictorialismo se vinculó a las clases altas y fue impulsado por asociaciones fotográficas y revistas especializadas. De entre los maestros españoles del pictorialismo destacan sobre todo el médico tarraconense Joaquín Pla Janini (1879-1970) y José Ortiz-Echagüe (1886-1930). Este último, nacido en Guadalajara e ingeniero militar, dirigió CASA —la conocida constructora de aviones de Getafe—, fundó la SEAT, empresa que presidió hasta su muerte, y como fotógrafo se dio a conocer internacionalmente ya en 1903 con *El sermón en la aldea*. Su poderoso magisterio y múltiple actividad mantenidos durante más de sesenta años ejercieron una enorme influencia en fotógrafos madrileños como Tinoco, Susanna y Andrada. Maestro del bromóleo, la Biblioteca Nacional le dedicó una gran exposición retrospectiva inaugurada días antes de su muerte.

Con la movilidad de la cámara instantánea, la fotografía es capaz de convertirse en un intruso que perturba los hechos sobre los cuales informa. Pasado un período inicial en el que lo voluminoso y pesado del equipo iba más allá de los objetos o escenas fotografiadas por las restricciones que imponía, en una segunda fase la fotografía desarrolla la posibilidad técnica de capturar el movimiento en una fracción mínima de tiempo con una impedimenta muy reducida. A partir de ahí el fotógrafo se siente capaz de captar, como si de un cazador se tratara, la espontaneidad de la vida sin dejar rastro alguno de su presencia. Los periodistas gráficos pueden dejar constancia de la fatiga sin disfraz o del franco desconcierto de una figura pública. En el reportaje el fotógrafo no siempre capta a las personas inconscientes de su presencia, y cuando lo hace con su consentimiento la imagen fotográfica es entonces el producto de la cooperación entre el escenario y la habilidad del fotógrafo para seleccionar, dar forma y organizar su materia prima. En el Madrid anterior a la Primera Guerra Mundial, la fotografía ya se ha constituido en el medio actual de análisis y representación de la realidad, casi con una complejidad tan considerable como lo es hoy día. Ya entonces se practican los trucos técnicos mediante los cuales se puede cambiar la apariencia de la imagen, ya se

lleva a cabo el montaje de positivos sobre negativos que permiten abandonar el realismo básico de la fotografía. A la vez, la fotografía nos ha enseñado que los sucesos espontáneos de la vida captados por una máquina de fotografiar ofrecen fragmentos de momentos ocultos que cuando se aíslan y fijan revelan significados nuevos y diferentes. De ahí que con tanta frecuencia el fotógrafo, como un cazador, apueste por la sorpresa de los accidentes improbables y gane en muchas ocasiones más de lo que podría parecer razonable. No obstante las

fotografías, pese a la hondura de su significado, a su capacidad de sorpresa y revelación se encuentran con el problema de una profundidad con frecuencia escasa que hace que cuando el fotógrafo desea transmitir un mensaje requiera a menudo la ayuda de la palabra escrita o hablada, pero esto nos conduce a un problema que aunque ya tratado por Rudolf Arnheim o Susan Sontag nos aleja de los orígenes de la fotografía en Madrid.